

## LA ESENCIA DEL TOMISMO

EN TORNO AL LIBRO DE P. G. M. MANSER-, O. P. (1)

Hace tiempo que deseábamos tener en castellano la magistral obra del P. Manser sobre la *Esencia del Tomismo*, probablemente la mejor ex posición orgánica del tomismo realizada desde su raíz metafísica. *La Esencia del Tomismo* pasará a la historia como la obra clásica del tema.

La intención del autor se dirige a desentrañar el principio fundamental del tomismo, que lo organiza en todo el ámbito de su coherente síntesis y en cada una de sus partes. Y a fe que esta intención ha sido plenamente lograda en un vigoroso y lúcido desarrollo, en que corren parejas la penetración metafísica con que devela en toda su autenticidad y significación el principio fundamental del tomismo -a través de los puntos centrales del sistema- y la transparencia y simplicidad del plan cuidadosamente ejecutado.

El principio fundamental, el alma o *Esencia del tomismo*, es la teoría aristotélica del *acto y la potencia*. Desde ella, como desde su raíz arranca y se desarrolla el sistema en la armónica complejidad de sus partes hasta en sus últimas consecuencias.

Para desarrollar su tesis, Manser divide su obra en dos partes: *Tomás y Tomismo*. La primera, que escasamente comprende un centenar de páginas, traza un esbozo de la vida y personalidad científica de Santo Tomás de Aquino, su posición en la Filosofía universal y su perennidad y gloria a través de los siglos. Es notable la semejanza que hace de la fisonomía intelectual de Santo Tomás, de su vida consagrada total y apasionadamente a la verdad. Su intelectualismo no es exclusivismo de la voluntad y de la vida, sino ordenación jerárquica del ser y actividad humana, que por la inteligencia alcanza su plenitud o perfección suprema en la posesión de la verdad trascendente.

175

Con fina precisión también se determinan las relaciones entre la doctrina aristotélica del acto y la potencia y la doctrina cristiana y el progreso.

Toda esta Primera parte es una Introducción para la Segunda y central de la obra, sobre el acto y la potencia como esencia del tomismo. Esta Segunda Parte comprende más de setecientas páginas.

El autor realiza su propósito en tres extensos capítulos.

Previamente a esta Segunda Parte, Manser elabora con trazos seguros, y a guisa de Introducción, una caracterización del tomismo y ofrece una amplia exposición de la doctrina aristotélica del acto y la potencia, dando razón del origen histórico y determinando a la vez el alcance y proyección de tales principios del ser dentro de la filosofía de Aristóteles.

El primer capítulo demuestra cómo en este principio aristotélico del acto y la potencia, el Angélico Doctor coloca el fundamento de la distinción entre Fe y Ciencia por los principios, métodos y objetos formales, distinción y autonomía que remata en la armonía de ambos.

En el capítulo segundo de esta parte, aparece Santo Tomás enfrentándose con la corriente aristotélica-averroísta, por la izquierda, y con la agustiniana, por la derecha. Salvando los escollos de ambas, mediante la doctrina del acto y la potencia, -desarrollada en todo su alcance metafísico, que traspasa la realidad entera de parte a parte- Santo Tomás logra la armonía entre el *mundo espiritual y sensible*, entre el *sujeto y el objeto*, entre la *mente*

y la voluntad y entre la *unidad* y la *multiplicidad* en las cosas de la naturaleza, armonía imposible en los otros dos sistemas. Problemas tan difíciles y fundamentales, como los mencionados, alcanzan solución inteligible connatural mediante la aplicación, en cada caso, de los principios del acto y la potencia.

Pero el capítulo más extenso -comprende él solo unas quinientas cincuenta páginas- y el central de toda la obra, es el tercero, que nos devela en la doctrina del acto y la potencia el fundamento más profundo y primero del sistema tomista, a través de todo su desarrollo orgánico.

El capítulo está subdividido en doce extensas secciones, en cada una de las cuales se esclarece un punto central del tomismo a la luz de aquel principio fundamental. Mas no se trata de doce puntos desarticulados e independientes entre sí. En esos doce puntos el autor ha sabido señalar las partes centrales del tomismo en su desarrollo orgánico. A través de los mismos -subdivididos a su vez en otros- el lector contempla cómo se estructura la realidad total desde la raíz del acto y la potencia.

En primer lugar, los principios del acto y la potencia ilustran y dan razón honda de la doctrina tomista de los conceptos universales. La esencia, el contenido del concepto universal, es real, identificado intencionalmente con los individuos reales, bien que no lo es su forma de universalidad, que sólo existe en la inteligencia. Sin embargo, tal concepto tiene su fundamento real en el acto esencial o forma del ser individual, idéntica específicamente, en cuanto despojable, por abstracción, de la *potencia* esencial o materia que es el principio de individuación. Pero formalmente o como tal, el universal sólo existe en la inteligencia.

De todas las ideas de la inteligencia, la de *ser* es la primera, tanto por su origen psicológico como también por su valor ontológico. Ella penetra y es la última nota a que se reduce todo otro concepto, que lo ilumina inteligiblemente desde su raíz a través de todos sus caracteres. Tal el tema de la segunda sección de este capítulo.

Tomándolos del mismo ser, la inteligencia formula los primeros principios evidentes por sí mismos y a cuya evidencia se reduce y en la cual esclarece la verdad de todo otro juicio, así como todo otro concepto se reduce y se esclarece en el del ser. A este propósito, el autor plantea y discute ampliamente la cuestión de cuál sea el principio absolutamente primero, si el de identidad o el de contradicción, dando la prioridad *ontológica, psicológica, lógica y criteriológica* a este último sobre aquél.

Por la importancia y trascendencia que tiene para la filosofía, especialmente para la demostración de la existencia de Dios, en la cuarta sección del capítulo el autor se ocupa con detención del principio de causalidad. Previa distinción del sentido fenoménico y ontológico del principio, determina la formulación del mismo. En un penetrante estudio señala la fundamentación empírica a través de la cual la inteligencia abstrae los conceptos de causa y efecto y elabora el *principio de causalidad*, cuyo valor analítico, aprehendido por la inteligencia, está por encima del mundo empírico en que se realiza. Porque, determinado el papel de la experiencia en el origen psicológico de este principio, la validez gnoseológica del mismo es independiente y superior a la de aquél, es inteligible, universal y necesaria, en una palabra, es *analítica*. En este punto y previa refutación de la tesis kantiana de que este juicio es sólo sintético a priori Manser establece su tesis a través de un preciso y profundo análisis del principio de causalidad. Toda la fuerza de este principio radica en el valor de las nociones evidentes del acto y la potencia y hasta encuentra una de sus formulaciones más claras en función de las mismas: "Nada pasa de la potencia al acto sino por el ser que está en acto".

Enraizada y en posesión de la realidad trascendente del ser y de los primeros principios, y especialmente del principio de causalidad, en todo su alcance metafísico, la inteligencia -siempre a la luz del principio fundamental

del ser: el acto y la potencia- está en condiciones de emprender su "ascenso hasta Dios", tema del que Manser trata en la sección quinta de su capítulo. El autor penetra y desentraña en todo su valor y evidencia metafísica la fuerza de las *quinque viae* o argumentos para probar la existencia de Dios, desde la raíz del acto y la potencia: el tránsito de la potencia al acto, del no-ser al ser, es quien exige la existencia del Acto o Existencia pura de Dios. En una extensa discusión, Manser rechaza la *sexta vía* para demostrar la -existencia de Dios a partir del deseo de la felicidad, como fundado en una petición de principio. Pese a la agudeza de sus objeciones, nosotros seguimos creyendo en la validez de la sexta vía, con tal que ella parta del deseo natural -no ilícito- de felicidad; y seguimos pensando que tal argumento es, además, de Santo Tomás, aunque no lo haya incluido él en los cinco clásicos restantes de la S. Theol., I, q. 2, a. 3.

A través del principio analítico de causalidad, la razón llega con toda evidencia hasta la existencia de Dios. Pero en seguida se presenta un problema gravísimo. ¿Cómo podrá nuestra pobre inteligencia humana aprehender la Esencia infinita de Dios con sus conceptos inicialmente tomados del ser finito y material? Porque si nuestros conceptos no significan del todo a Dios, se mueven en una *equivocatio* verbal cuando a Aquél los aplicamos-, y por otra parte, no lo pueden expresar con propiedad, *univocamente*, sin destruir la Esencia del Dios verdadero, su Omniperección, y sin conducirnos a la vez al panteísmo.

De ahí la importancia extraordinaria que tiene la doctrina tomista de la analogía, por la cual nuestros conceptos, tomados originariamente de los seres creados y materiales, convenientemente elaborados por la abstracción -por negación de la imperfección y eminencia de la perfección- pueden aplicarse de verdad a Dios, bien que no unívocamente o de idéntica manera que a aquéllos, sino analógicamente, es decir, de un modo semejante mente proporcional o análogo.

De ahí también la importancia que en la sexta sección el P. Manser ha dado al tema del "Conocimiento analógico de Dios". Más de cien densas páginas configuran un verdadero y profundo tratado sobre el tema, que abarca, en una primera parte, todo lo concerniente a la analogía en sí misma: sus postulados, esencia y especies, y, en una segunda, el valor científico de este conocimiento analógico aplicado a Dios. Toda esta doctrina de la analogía tiene como fundamento supremo la doctrina del acto y la potencia, y así nos lo hacer ver Manser. "Sólo por el camino de la potencia-actual a lo absolutamente actual, puede la proporcionalitas demostrar la *existencia de Dios* y la realidad de sus absolutos atributos, así como la posibilidad de cierto conocimiento de la *naturaleza divina*, aunque imperfecto" (pág. 535).

En íntima relación con el conocimiento analógico de Dios -y de la doctrina del acto y la potencia que lo fundamenta- encuéntrese la doctrina del constitutivo metafísico de la creatura, que la diferencia de Dios desde lo más íntimo de su ser: es la doctrina tomista de la distinción real de esencia y existencia en la creatura. Manser trata de ella en la sección séptima de este capítulo III, donde el problema es dilucidado tanto desde el punto de vista histórico como sobre todo desde el filosófico. En verdad, semejante tesis fundamental del tomismo no es sino la aplicación primera y más amplia del acto y la potencia, tal como expresamente lo dice el autor al término de su exposición: "Ninguna cuestión está tan arraigada en esta doctrina [del acto y la potencia] como la que al presente nos ocupa. [...]. Ella es la que da a la distinción real su *profundidad*. Ciertamente, toda efectiva composición en la creatura se basa en el acto y la potencia, porque sin ellos no es posible ninguna multiplicidad ni pluralidad. Pero la dualidad real de esencia y existencia en la creatura es la más profunda, porque es la más trascendental, porque

divide el ser en cuanto ser, "dividunt ens commune"-, porque el "quod est" y el "quo est" siguen a la potencia y acto, no este sentido o en el otro, sino absolutamente y como tales, "consequuntur potentiam et actum in quantum hujusmodi" (*Cont. Gent. II, 54*) (pág. 608).

La sección octava está consagrada a "La creación del mundo", primero en su proceso histórico y luego en su aspecto doctrinal tomista. Penetrante es el estudio de la "creatio" en Aristóteles, quien, si bien no la conoció expresamente, no la negó y hasta "está incluida como conclusión lógica en los principios metafísicos de Aristóteles" (pág. 626).

Con semejante aserto está demás que insistamos en la forma magistral con que Manser enlaza esta cuestión con la anterior en Santo Tomás, desarrollándola a la luz de los principios del acto y la potencia. Porque si la creatura *no es* sino que está unida y *tiene* existencia, es evidente que ha debido ser creada, pasar del no-ser al ser en acto o existencia por la Potencia infinita de Dios: "Basándose en Dios como ens a se, el ens per essentiam, el único en que la esencia y existencia se identifican realmente, Tomás sienta, en oposición a los más audaces pensadores de su tiempo, Alberto Magno y Maimónides, la tesis de la *demonstrabilidad* de la creación de todas las cosas de la nada. En este gran pensamiento: Sólo Dios es el esse per essentiam y, por consiguiente, el ser mismo, el ser no recibido, mientras que todo lo demás sólo tiene ser recibido de Dios como primera causa, se funden todos los argumentos de Tomás en favor de la creación. Dios, *actus purus*; todo lo demás, solamente *ens potentiale*. Si Dios es realmente prima causa omnium, es también la *causa universal* de todo y tiene que haberlo creado todo de *la nada* y a él sólo, con un *exclusivismo absoluto*, tiene que corresponder el poder creador. En la última tesis: *crear de la nada implica una potencia infinita*, se manifiesta una vez más la doctrina del acto y la potencia con una pujanza especial. Puesto que, en la creación, entre la nada y el ser ya no hay ninguna proporción de potentia passiva y acto, porque la potentia passiva falta por completo; por eso el abismo que hay que superar en la creatio es *infinito* y, por consiguiente, sólo puede ser salvado por una *potentia infinita*, es decir, sólo por Dios. Quien quiera aceptar real y seriamente a Dios como causa prima de todas las cosas, ateniéndose a las últimas conclusiones lógicas, no puede pensar sobre la creación sino como pensó Tomás" (Págs. 655-656).

Tal radical contingencia o indiferencia para la existencia, esencial a la creatura, se continúa en su acrecentamiento ontológico por el tránsito de la potencia al acto o existencia de su actividad, inexplicable sin la intervención de la Omnipotencia divina, que mueve a sus creaturas hacia el propio acto. De esta moción divina (*Praemotio physica*), de acuerdo a la doctrina de Santo Tomás, se ocupa el autor con su acostumbrada profundidad en la sección nona. Previa exposición de los tres grandes sistemas: el *durandismo*, que niega todo concurso divino, el *molinismo*, que se detiene en el concurso simultáneo indiferente, y la premoción física tomista o *concurso natura prius et praedeterminans actionem creaturae*, Manser ordena el pensamiento de Sto. Tomás en tres párrafos sucesivos, en que expone la *esencia*, la *posibilidad* y la *necesidad* de tal concurso previo o premoción física, según Sto. Tomás.

Como en las secciones anteriores hace ver cómo la *praemotio* es una aplicación del principio del acto y la potencia.

En sendas secciones, décima, undécima y duodécima, desde su raíz con los principios del acto y la potencia, Manser ilustra respectivamente la doctrina de "El derecho natural en su esencia y sus grados", "La materia prima como ser puramente real-potencial" y "El principio de individuación tomista".

En verdad el principio fundamental del derecho natural: "hay que hacer el bien y evitar el mal" aparece como traducción del principio del acto y la potencia con la supremacía de aquél sobre ésta, si sabemos que el *bien* es idéntico al *ser* o *acto* y el *mal* al *no-ser* o potencia no debidamente actualizada.

En cuanto a la *materia prima*, *pura potencia* o no-ser en acto, nos parece inútil insistir en su reducción a la doctrina de la potencia en el seno de la, esencia.

Magistral sobre manera, tanto en su faz histórica como principalmente en su faz doctrinal, resulta el desarrollo de la última sección, sobre el tema fundamental tomista acerca del principio de individuación, que, como es sabido, reside en la *materia signata quantitate*, vale decir, resulta también como una aplicación necesaria del principio del acto y la potencia.

Así termina la obra de Manser, verdadero monumento del tomismo, tanto por la solidez y profundidad y la fidelidad a la doctrina de Sto. Tomás, como por el orgánico desarrollo de las partes del sistema tomista, siempre a la luz del principio fundamental del acto y la potencia.

El tomismo aparece así, en la obra de Manser, en todo su valor y vigor de síntesis vital, en toda su cohesión y trabazón interna, como la filosofía del ser, estructurado toda ella hasta en sus últimas consecuencias, de acuerdo a las exigencias ontológicas o, lo que es lo mismo, a las del acto y la potencia.

El mérito principal del autor estriba en haber descubierto y puesto en relieve el principio fundamental de Santo Tomás a través de su amplio y complejo sistema, haberlo analizado en toda su fuerza y valorizado en toda su significación metafísica y sistemática, y haber hecho ver cómo, en efecto, desde este principio y con su aplicación constante se van organizando, íntimamente trabadas, las diferentes partes del sistema de Santo Tomás. La amplitud y riqueza del pensamiento del Doctor Angélico, que abraza la realidad total, es reducida y aprehendida desde su unidad más honda, merced al citado principio. Se nos revela en toda su fuerza y cohesión la estructura interna del sistema.

Semejante empresa es fruto sazonado de largos años de meditación y penetración honda en las obras del Angélico Doctor, como lo demuestra la abundancia abrumadora de los textos citados y la familiaridad con los escritos y el pensamiento total del Aquinate.

Para comprender y valorar mejor la doctrina tomista, Manser la presenta, bien dentro de un desarrollo histórico que culmina -ya como término de maduración intelectual, ya como purificación y corrección de la misma- en la sistematización tomista, bien contrapuesta a sistemas posteriores como los de Escoto, Suárez y Molina, que se apartan de ella. Y Manser ha logrado esta contraposición doctrinal con erudición histórica y conocimiento de las fuentes a la vez que con honradez y altura.

Somos deudores de la traducción española, correcta y en buen castellano, al catedrático de Santander, Valentín García Yebra; y a la munificencia del benemérito Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid de la magnífica edición de este libro de más de ochocientas páginas.

Un índice completo de autores y otro de materias, facilitan el uso de la obra.

Con semejante publicación el Instituto "Luis Vives" de Filosofía del citado Consejo Superior de Investigaciones Científicas aporta una nueva contribución para la mejor comprensión del tomismo, en una de sus más auténticas y autorizadas exposiciones, y con ello, para una recuperación de los valores eternos de la inteligencia, de la verdad y del espíritu y, por eso mismo, de nuestra más auténtica cultura latino-ibero-cristiana.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI.  
Profesor en la Universidad Nacional  
de La Plata.

(1) LA ESENCIA DEL TOMISMO, por *P. G. M. Manser, O. P.*, traducción castellana por Valentín García Yebra, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Luis Vives" de Filosofía, Madrid, 1947.